

RESEÑA:

LA SINODALIDAD EN LA VIDA Y EN LA MISIÓN DE LA IGLESIA COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL

Hna. Daniela A. Cannavina, HCMR

El importante documento de la Comisión Teológica Internacional titulado: *La Sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*, es el resultado del trabajo y reflexión de importantes académicas/os de diversas culturas y disciplinas.

El documento focaliza desde el punto de vista teológico, la germinal renovación ya implícita en el Concilio Vaticano II, a partir de la intuición de novedad de la categoría *sinodalidad*. La misma recobra un lugar de relevancia en la eclesiología actual, formulada en la expresión del Papa Francisco: “El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”, el cual se reviste de un fuerte compromiso programático, al celebrarse el 50 aniversario de la Institución del Sínodo de los Obispos.

El texto compuesto por 4 Capítulos, 121 párrafos y 170 referencias de amplio e importante contenido de notas bibliográficas, subraya la sinodalidad de la Iglesia como su dimensión constitutiva. En el recorrido del texto, el recurrente término sinodalidad (expresado 51 veces), propone la profundización teológica de su significado, así como líneas orientativas pastorales que favorezcan su concreción.

La articulación del documento en toda su extensión, viene dada por los datos normativos (Sagrada Escritura y Tradición), los fundamentos teologales, la referencia concreta de las orientaciones prácticas y actuación de la sinodalidad en todos los niveles de la vida de la Iglesia (diocesano, regional, patriarcal y universal), la llamada a la conversión espiritual-pastoral y el discernimiento comunitario y apostólico.

A la luz de la articulación expresada, el término sinodalidad adquiere gradualmente una mayor comprensión hermenéutica, la cual queda

plasmada en una frase de fuerte contenido: “en el don y en el compromiso de la comunión se encuentra la fuente, la forma y el objetivo de la sinodalidad en cuanto expresa el específico *modus vivendi et operandi* del Pueblo de Dios en la participación responsable y ordenada de todos sus miembros”.

Se resalta con especial intensidad la acción del Espíritu Santo, principio de la sinodalidad y al Banquete Eucarístico, como fuente y cumbre de la expresión vital que realiza el “nosotras/os eclesial”.

Otras manifestaciones de relevante importancia, se irán sumando en el entramado del documento, para describir el horizonte teológico-pastoral, ellas son: la imagen de pueblo de Dios peregrino, expresión de su dimensión social, histórica y misionera que hace presente y operante el destino escatológico; la comunión en la Tradición viva de la fe de las diversas Iglesias locales entre ellas y con la Iglesia de Roma, y finalmente, el *sentire cum Ecclesia* como expresión de unidad en el “caminar juntas/os”.

Un aporte sumamente significativo reflejado en el cuerpo del texto, es la imagen de la Iglesia descrita por el Papa Francisco desde la perspectiva eclesiológica del Concilio Vaticano II: Iglesia sinodal como “pirámide invertida”, ofreciendo en ella un marco interpretativo más adecuado para comprender el ministerio jerárquico.

La fundamentación bíblica y una especial referencia a la Constitución *Lumen Gentium* como fuente inspiradora, promueve la doctrina del *sensus fidei* del Pueblo de Dios y de la colegialidad sacramental del episcopado en comunión jerárquica con el Papa. Esta recíproca implicación amplía la noción de sinodalidad resaltando como punto focal la participación de todas/os en la Iglesia y de todas las Iglesias.

Es importante destacar, que, si bien el documento manifiesta una profunda densidad en su propuesta de recorrido inicial, la síntesis final al término del segundo capítulo, ayuda a una descripción articulada a modo de conclusión.

El abordaje del documento en su reflexión sobre las modalidades concretas para la realización de la sinodalidad (Capítulos 3 y 4), de ágil lectura, permitirá abrir algunas puertas para seguir transitando y profundizando dicha dimensión. Ejemplo de esto es el llamado principio de co-esencialidad entre los dones jerárquicos y los dones carismáticos, promoviendo a la Vida Consagrada, los movimientos y las nuevas comunidades eclesiales, a ofrecer experiencias significativas de articulación sinodal de la vida de comunión. En definitiva, nadie queda afuera: expresión implícita que recorre transversalmente el documento y se plasma en los llamados niveles de ejercicio de la sinodalidad.

Hacia el término del documento, el llamado a la conversión, será la clave de lectura final que promueva y genere un camino de renovación eclesial. Dicho proceso de conversión, destinado y ordenado a animar la vida y la misión evangelizadora de la Iglesia, invita a abordar procesos de revitalización de las estructuras sinodales, a decir: “la formación para la espiritualidad de comunión y la práctica de la escucha, del diálogo y del discernimiento comunitario, la relevancia para el camino ecuménico y para una *diakonía* profética en la construcción de un *ethos* social fraterno, solidario e inclusivo”. En definitiva, se trata de crear un *affectus sinodalis* que ayude a superar algunos paradigmas que aún hoy siguen enmarcando y manifestando una Iglesia no renovada por la ecclesiología de comunión.

Estamos frente a un documento que anima la esperanza de volver a ser una Iglesia más evangélica, más participativa y que se vive en, desde y para la misión.

Posiblemente, una deuda en el texto, sea la de visibilizar más concretamente el aporte de la mujer (laica-consagrada) como sujeto activo de la evangelización en la Iglesia sinodal, si bien queda referida dentro del conjunto bautizados-Pueblo de Dios.